

El castillo de Barbazul

La soledad eterna

No es muy halagador para nuestro medio musical observar que una de las obras fundamentales de uno de los mayores compositores de todos los tiempos se estrene en Montevideo en el centenario de su lanzamiento mundial. En todo caso es un mérito del Departamento de Cultura de la Intendencia el haber decidido zanjar de una vez por todas esa deuda mayúscula, adornando además las Temporadas Líricas del Teatro Solís con una obra que se sale de la tendencia a confinarse en los “grandes hits” del repertorio operístico.

El castillo de Barbazul (A Kékszakállú herceg vára) fue la única ópera del húngaro Béla Bartók (1881-1945). Se compuso en 1911 y se estrenó en 1918.

Es una pieza en un solo acto y dura alrededor de una hora. No es una “ópera de cámara” porque emplea una orquesta bastante grande, pero tiene sólo dos personajes cantantes. La acción transcurre en la jornada en que Barbazul recibe en su castillo a su nueva esposa Judit. El castillo es oscuro, encerrado, húmedo y triste, y la joven se propone alegrarlo. Ese propósito se combina con una curiosidad irrefrenable y algo de celos: ella quiere verificar qué hay tras cada una de las siete puertas cerradas que se destacan en el ambiente único en que transcurre la acción. Barbazul le va cediendo las llaves de a una, y en cada puerta aparece un aspecto que puede ser asustador o alentador: una cámara de torturas, armamentos, un tesoro, un jardín precioso, la vista del extenso reino (el momento más luminoso de la obra). Barbazul intenta disuadir a Judit a seguir su busca, pero ella insiste con la sexta puerta, que muestra un lago plácido que, le informa el esposo, es un lago de lágrimas. Finalmente en la séptima puerta Judit se encuentra con las anteriores esposas de Barbazul, confinadas allí en forma eterna, y comprende que su destino será unirse a ellas en ese encierro, mientras Barbazul, deprimido, regresa a su soledad.

El libretista fue el poeta Béla Balázs, que luego sería mejor conocido también como teórico, crítico y guionista de cine. Su Barbazul parece haber sido inspirado, en parte, en la personalidad taciturna e introvertida del propio Bartók. No es, como el Barbazul del cuento compilado por Perrault, un femicida serial, sino que hace todos los intentos por disuadir a Judit de abrir las puertas. Una fuerza no explicada parece obligarlo a ceder a los pedidos de la mujer, y hay un aspecto trágico en la manera en que la ve caer en el encierro eterno por no lograr convencerla a seguir sus consejos. Tampoco se explica qué fuerza sobrenatural confinará y preservará a las esposas en esa especie de muerte en vida. Los psicoanalistas pueden hacer un festín con los detalles de ese vínculo extraño, con su simbología abierta y con el clima pesadillesco que la música pinta tan bien.

La ópera tiene una notoria influencia de **Pelléas et Mélisande** (1902), de Claude Debussy, un compositor cuya música Bartók descubrió recién en 1907 y revolucionó su pensamiento musical. Al igual que en **Pelléas**, la línea vocal respeta puntillosamente la inflexión del habla y avanza sin repeticiones internas sobre un tejido de claroscuros y *Leitmotive* urdidos en la parte orquestal, con un formidable manejo de sonoridades instrumentales y de colores armónicos. En comparación con Debussy, la música es más disonante, llega a picos de tensión más intensos, a veces con una rítmica más marcada y agresiva. Música y acción son elementos inseparables, pero también, de alguna manera, autónomos. Aun quienes no estén acostumbrados al modernismo erudito de Bartók podrán disfrutar de una historia absorbente potenciada por una pintura musical de rara eficacia. Y quienes no sientan interés por esa historia gótica y grave, llena de misterios y entredichos, podrán encantarse con la música poderosa de un compositor genial.

El castillo de Barbazul se representará en una única función el jueves 7 en el Solís. Los protagonistas serán la mezzo uruguaya Adriana Mastrángelo y el bajo argentino Hernán Iturralde. Ambos hacen tremenda carrera en la ópera del Colón (Buenos Aires). La dirección es de la siempre entusiasta, emprendedora y jugada directora brasileña Lúcia Amadio, actual directora estable de la Filarmónica. La puesta en escena es de la uruguaya Marianella Moreno.

Guilherme de Alencar Pinto